
RESEÑAS DE LIBROS

Taciana Fisac, *El otro sexo del dragón: mujer, literatura y sociedad en China*, Madrid, Narcea Ediciones, 1997.*

Durante los últimos veinte años, el feminismo y el desarrollo de los estudios sobre género han alentado el interés de muchos estudiosos de China en la condición de la mujer, tanto en la sociedad china tradicional como en la moderna. Por medio de la información obtenida a partir de textos clásicos, de la tradición confuciana, de la literatura moderna y antigua, de estudios sociológicos, códigos de leyes, relatos personales, entrevistas y muchas otras fuentes, se ha hecho un gran esfuerzo para precisar cuál fue el papel de la mujer en la historia china. El resultado ha sido una abundante literatura en la cual existe concordancia en que, a pesar de ciertas estrategias de sobrevivencia y de un poder que podía ser ejercido indirectamente por las mujeres, ellas fueron los miembros más oprimidos de la sociedad china al menos hasta la Revolución de 1949. Después de esta fecha, existe cierto desacuerdo en cuanto a su nuevo estatus, el cual a pesar del discurso oficial de igualdad, se encuentra lejos de haber alcanzado la igualdad total.

Valiéndose de la literatura, tanto de las mujeres como acerca de ellas, Taciana Fisac presenta un panorama general acerca de la condición de la mujer, primero en la sociedad china tradicional, después durante la primera mitad de este siglo, cuando las mujeres se vieron comprometidas en los esfuerzos disparejos para modernizar el país, y finalmente después de la revolución que conllevó un cambio total para la mujer, al menos en lo concerniente a su estatus legal.

La primera parte del libro es informativa, y la autora ofrece una descripción tradicionalmente aceptada del destino de las mujeres en la China histórica: baja posición familiar, dependencia económica, pies vendados, castidad unilateral, etc. La autora también presenta en esta parte la visión confuciana de la mujer, la visión de la "gran tradición" (de acuerdo con el término acuñado por Robert Redfield) que también ha sido compartida por las mujeres chinas que han escrito sobre la mujer. Ni las expresiones más "femeninas"

* Una versión de esta reseña aparecerá en la revista *China Review International*.

logradas a través de la poesía pudieron escapar de las restricciones de una crianza confuciana correcta, y a pesar de que encontramos buena poesía lírica, entre las poetisas en China existen pocas expresiones de rebelión.

En el estudio de la literatura clásica —escrita fundamentalmente por hombres— la autora se dedica a en la titánica tarea de resumir en aproximadamente treinta páginas las imágenes de la mujer que aparecen desde la dinastía Song (960-1279) hasta la Qing (1622-1911). Las mujeres son seductoras o demonios en el *Liao Zhai* de Pu Songling, tanto débiles como peligrosas en el *Shuihu quan zhuan*, malvadas y guiadas por el sexo en el *jin Ping Mei*, condenadas por el destino en el *Honglou meng*. Por desgracia, debido a la cantidad de material estudiado, toda esta muy interesante información es demasiado breve y el lector se queda con el deseo de conocer más sobre los trabajos literarios y la sociedad dentro de la cual fueron creados.

Más de la mitad del libro está dedicado a los periodos moderno y contemporáneo, en los cuales Taciana Fisac parece sentirse mucho más cómoda. La mayor parte del periodo moderno gira en torno a Ding Ling, quien es casi un símbolo de la nueva escritora y de la mujer moderna. Además, Ding Ling sobrevivió los difíciles días del Guomindang, se unió a los comunistas en Yan'an, participó en la construcción de la nueva China y terminó siendo duramente criticada y perseguida. Por lo tanto, Ding Ling es un vínculo entre dos periodos plagados de ambigüedades en cuanto a las actitudes hacia la mujer y, sin embargo, logra permanecer siempre fiel a sí misma.

El capítulo que trata acerca del periodo que va de 1949 a 1976 (el fin oficial de la Revolución Cultural) aborda menos la literatura y más los cambios políticos y sociales en China. Es sobre todo una descripción de las contradicciones que surgen de, por un lado, un discurso de igualdad, y por el otro, arraigadas actitudes de discriminación. Las mujeres sujetas a las variaciones del desarrollo económico, se ven algunas veces alentadas a unirse a la construcción del socialismo y otras tantas inducidas a organizar un buen "hogar socialista". Parece no haber habido escritoras sobresalientes durante este periodo, con la excepción de Ding Ling, quien pronto es denunciada y purgada en algún momento. Los escritores que siguieron las directivas de Mao en el Foro de Yan'an en 1942 y las definiciones de Zhou Yang de "realismo socialista" en el II Congreso Nacional de Escritores y Artistas de 1953 fueron en su mayoría hombres y no produjeron literatura notable. La situación fue aún peor durante la Revolución Cultural cuando la producción literaria estuvo, como la autora lo señala, llena de personajes estereotipados, tanto masculinos como femeninos, con poco parecido a la gente de carne y hue-

so.

El último capítulo está dedicado a las escritoras que aparecieron después de la muerte de Mao, quienes son una minoría entre los escritores pero que atraen la atención tanto de lectores como de críticos. De acuerdo con Taciana Fisac, no todas ellas están interesadas específicamente en temas feministas pero “sí recogen algunas cuestiones que afectan especialmente al mundo femenino” (p. 123). Éste es sin duda el capítulo más interesante del libro y la autora demuestra un gran conocimiento del panorama literario contemporáneo y un entendimiento profundo de la nueva literatura producida por las mujeres. En este periodo aparecen muchos relatos personales sobre sufrimientos pasados y heridas que aún no han cerrado. Las mujeres sobresalen en este tipo de literatura, en el cual se expresan los sentimientos y en el que, como señala la escritora Jiang Jie, “el amor no puede ser olvidado”. En este capítulo, la autora se refiere principalmente a dos escritoras, Jiang Jie y Zhang Xinxin, quienes nacieron con casi veinte años de diferencia y quienes, a pesar de compartir su preocupación por problemas similares, tienen actitudes diferentes. Jiang Jie se rebela pero mantiene sus lazos con una educación ortodoxa dentro del partido comunista, mientras que Zhang Xinxin no tiene nada positivo que decir sobre el partido y lo que éste representa.

Las metas del libro son bastante ambiciosas: mujer, literatura y sociedad es un tema demasiado amplio para tratarse en tan sólo 150 páginas. Además, no siempre hay una clara distinción de la descripción de la sociedad basada en evidencia histórica, la visión de la mujer en la literatura escrita por los hombres y la visión de las mujeres sobre sí mismas en su propia literatura. Algunos de los temas de los capítulos podrían ser desarrollados en libros completos y ojalá que la autora pueda hacerlo en un futuro.

Taciana Fisac escribe bien y a pesar de dirigirse a un público no especializado, también satisface las expectativas de los especialistas y respalda todas sus traducciones por medio de la reproducción del texto en chino. El libro incluye una bibliografía abundante tanto en chino como en idiomas occidentales.

Autora de varios libros y de excelentes traducciones del chino, debido a su dominio de la lengua y a su conocimiento de la cultura china, Taciana Fisac tiene el gran mérito de promover de manera incansable el estudio sobre China en el mundo de habla hispana, en donde todavía no abundan los estudiosos del tema.

Confucio, *Los cuatro libros clásicos*, trad. Por Oriol Fina Sanglas, Ediciones B (Biblioteca de Bolsillo), Barcelona, 1997.

Existe un deber moral por parte de todo autor ante sus lectores, y este deber se extiende también a las llamadas “obras de divulgación”. Se trata del deber de la honradez y la seriedad.

Las obras de divulgación son aquellas que intentan presentar al mayor número de lectores —en un lenguaje simple y accesible y de manera atractiva— libros y autores a los que de otra manera sólo accederían las élites intelectuales. En muchos casos estas obras carecen del aparato que por otro lado distingue a las obras académicas, o sea las notas aclaratorias a pie de página, la exégesis profunda del texto y, en el caso de las traducciones, la presencia del texto original para su cotejo, además del análisis detallado de cuestiones particulares o de términos técnicos. Pero aunque no estén presentes tales elementos, no son menos necesarias, como decíamos, las reglas fundamentales de la seriedad y la honradez.

Por desgracia, la obra reseñada en esta breve nota contraviene todas estas normas. Comencemos por el autor y el título: Confucio, *Los cuatro libros clásicos*. Como se sabe, fue la escuela del Nuevo Texto (今文) la que atribuyó a Confucio los Seis clásicos: el *Yuejing* (樂經) —perdido ya antes del periodo Han—, el *Libro de los Cambios*, *Yijing* (易經), el *Libro de las Odas*, *Shijing* (詩經), el *Libro de los Documentos*, *Shujing* (書經), el *Libro de los Ritos*, *Lijing* (禮經) y los *Anales de Primavera y Otoño*, *Chunqiu* (春秋). La escuela del Viejo Texto (古文), por el contrario, sostenía que el Duque de Zhou (m. 1094 a.C.) era el verdadero autor de los Seis clásicos y que Confucio fue sustancialmente un propagador de sus enseñanzas. La opinión general, muy difundida hoy entre los estudiosos, es que los Cinco clásicos, aunque anteriores o Confucio fueron conocidos por éste e incluso él pudo haberse encargado de reeditarlos. Es también probable que haya sido el autor del *Chunqiu*.

Sin embargo, nunca se le consideró autor de los *Cuatro libros*,

¹ En este punto me parece que es mi deber rectificar un error cometido por D.E. Mungello en su notable, *Curious Land. Jesuit Accommodation and the Origins of Sinology*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1985. En la p. 58 declara: “Ricci stated that Confucius compiled four (i.e. the Four Books) and personally wrote de Five Classics”, y en las páginas sucesivas explica las implicaciones de tal declaración y las posibilidades motivaciones estratégicas de Ricci (“An examination of the original manuscript confirms that Ricci was the author of this confusing claim regarding Confucius’ authorship of the Four Books”, p. 59). En realidad, si se examina el

Sishu (四書),¹ ya que la colección como tal es de una época bastante tardía, en la que domina la escuela filosófica neoconfuciana.² De hecho, fue Zhu Xi (1130-1200) quien recogió y juntó las *Analectas*, *Lunyu* (論語), la *Gran ciencia*, *Daxue* (大學), la *Doctrina del Medio*, *Zhongyong* (中庸) y el *Libro de Mencio*, *Mengzi* (孟子) en un solo volumen y les escribió comentarios que pronto se convertirían en el núcleo fundamental del programa de exámenes para la carrera de mandarín. El éxito de ésta que podemos definir como una acertada “construcción ideológica y estratégica” se puede juzgar por el hecho de que forman parte todavía del programa de estudios en la escuela secundaria superior de Taiwan.

Debemos recordar también, en honor a la seriedad, que la *Gran ciencia* y la *Doctrina del Medio* no eran libros en sí, sino capítulos del *Clásico de los ritos*, *Lijing* (禮經).

En lo que se refiere a la calidad de la traducción, proporcionamos un solo ejemplo, válido para todo el texto. He aquí un famoso pasaje de las *Analectas* (II, 4), que nuestros estudiantes aprenden

子曰吾十有五而志於學

三十而立

四十而不惑

五十而知天命

六十而耳順

七十而從心所欲不踰矩

texto en italiano común del ms de Ricci, publicado en *Fonti ricciane. Storia dell'introduzione del Cristianesimo in Cina*, editada y comentada por P.M. D'Elia, S.J., Roma. La librería dello Stato, 1942, vol. I, en las pp. 42-43 se lee: “Il Confutio accomodò quattro libri antichi, e fece anco di sua mano il quinto, che si chiamano le Cinque Dottrine (五經)... Oltre queste Cinque Dottrine, da tre o quattro autori furono raccolti varij precetti morali senza nessun ordine, si può dire, e fecero un libro molto stimato, che chiamano i Quattro Libri (四書)”. La referencia a la obra de reedición y resistemización de los cuatro clásicos, con la probable intervención directa en la escritura de la obra histórica *Chunqiu*, por parte de Confucio, es tan clara en el texto original que pone a Ricci en línea recta con la crítica moderna. En cuanto a los *Cuatro libros*, dice que fueron compilados al reunir varios preceptos morales contenidos en la obra de diversos autores, sin ninguna referencia directa a la intervención de Confucio.

² Usamos el término neoconfucianismo por comodidad, a falta de un equivalente de parecida identificación inmediata, pero con plena conciencia de que éste no corresponde directamente con ningún término chino.

de memoria al principio de sus estudios de chino clásico:

Y que ha sido traducido así:

A los quince años mi espíritu se hallaba ocupado en la búsqueda de la verdad mediante el estudio; a los treinta años ya había encontrado principios sólidos e inmutables; a los cuarenta ya había superado todas las dudas y vacilaciones; a los cincuenta años conocía la ley que el Cielo ha impreso en todos los seres para que se dirijan a su propio fin; a los sesenta conocía con facilidad las causas de todas las acciones; a los setenta años satisfice los deseos de mi corazón en su justa medida (p. 8),

mientras que la traducción exacta y fiel debería de ser:

Dice el maestro: a los quince años estaba dedicado al estudio (había puesto mi voluntad en el estudio); a los treinta era independiente;³ a los cuarenta no tenía duda alguna; a los cincuenta conocía (mi) destino; a los sesenta (mi) oído escuchaba paciente y a los setenta seguía lo que (mi) corazón dictaba, sin faltar a las reglas.

Es evidente que no sólo se trata de optar por una traducción literal más que por una menos fiel al original pero que conserve la exigencia estilística y de legibilidad. Aquí el problema está en que en el pasaje se introducen sin más conceptos que no están presentes en el texto original y, si es cierto que esto es grave en todos los casos, lo es más en una obra de filosofía, en la que todo pasaje (en una traducción) debe ser revisado con suma atención, sobretodo por sus implicaciones teleológicas. En tal caso me parece muy difícil poder justificar la frase: “a los sesenta conocía con facilidad las causas de todas las acciones”, que no tiene relación alguna con el texto chino.

Como no se advierte, al reverso de la portada, en qué traducción se basa la presente edición española, es lógico pensar que más bien será el resultado de una mezcla de varias traducciones, revisadas y corregidas al gusto del traductor. No se proporcionan otros elementos a parte del título original: *Shú* (¡sic!), en vez de *Si4shu1*.

En conclusión ¿cómo definir un trabajo de este tipo? Tal vez como el producto de aquella *middle-brow culture* (*culture moyenne*) de la que habla Pierre Bourdieu.⁴ Se asemejaría un poco al *Arte de la*

³ James Legge traduce: “At thirty, I stood firm” y añade el siguiente comentario: “The ‘standing firm’ probably indicates that he no more needed to bend his will”. *The Chinese Classics*, segunda edición revisada, Oxford, Clarendon Press, 1893, vol. I, pp. 146-147. Aquí el carácter li4 (立) debería más bien interpretarse en la acepción de du2 li4 (獨立): solo, independiente.

⁴ *Distinction. A Social Critique of the Judgement of Taste*, trad. de R. Nice, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1984 (primera ed. en francés, 1979), *passim*.

fuga tocada con sintetizador o al *Ulises* en versión cinematográfica, es decir, se trata de un producto organizado de tal modo que dé la impresión de que la cultura legítima está al alcance de todos mediante la combinación de dos características fundamentales: la disponibilidad y los signos externos de la legitimidad cultural (p. 323).

Los académicos, en teoría los representantes de la cultura legítima, tuercen la nariz y por lo común rehuyen estas llamadas *ediciones populares* u obras de divulgación, con lo que dan lugar a situaciones de este tipo y faltan a su principal deber social, el de educar.

ELISABETTA CORSI

Western, Wilda Celia, *Alquimia de la nación: nasserismo y poder*, México, El Colegio de México, 1997.

Los cambios operados en el sistema internacional por el fin de la guerra fría, después de la desaparición de la URSS, han iniciado un periodo de transición que todavía no concluye. Entre los acontecimientos surgidos en este periodo destaca la aparición de los movimientos nacionalistas bosnio, croata, azerí, esloveno, uzbeko, georgiano y moldavo, que hubieran sido impensables hace apenas unos años. La creación de nuevas naciones ha tornado más compleja la geografía del territorio antiguamente ocupado por la URSS. Lejos de que esto ocasione que el sistema se vuelva más pacífico, han surgido miles de kilómetros de fronteras que vigilar y cuidar, lo que augura no pocos conflictos internacionales. Los nuevos nacionalismos exclusivos acarrearán nuevos conflictos étnicos, como el latente entre azeríes y armenios, y como el que seguramente estallará entre Italia y Eslovenia por Istria.

Wilda Western aborda tan compleja temática (pues no se puede ser nacionalista a secas, sino que hay que ser nacionalista mexicano, francés, alemán o checo), por medio de la exploración exhaustiva de la bibliografía existente sobre dicho tema, y lo aplica al caso concreto del periodo nasserista en Egipto.

La nación étnica —como comprueba Western— es un invento europeo moderno que se ha generalizado en el mundo y ha traído más problemas y muertes que los modos de convivencia anteriores. Ninguna nación (excepto tal vez Japón, aunque allí viven ainus y coreanos) puede llamarse étnicamente pura. Ni Egipto puede pre-

tender tal cosa; dicho invento se da en el siglo XIX, y le ha permitido a Europa destacar sus exclusivismos, así como marcar sus diferencias con el resto del mundo que comenzaba a dominar.

Antes del nacionalismo existieron lealtades, pero éstas eran con el terruño, con el clan o la tribu. Posteriormente dichas lealtades fueron para con la grandiosa civilización rodeada de bárbaros. El ser europeo era dado por el hecho de ser cristiano y no de ser francés o italiano, y las lealtades eran para con Dios, el Papa, el terrateniente o el señor feudal y tal vez con el sacro emperador romano. Ser árabe fue durante siglos ser musulmán así como ser leal al sultán que era a su vez califa.

La autora no cree en la globalización, para ella el nacionalismo es y será un elemento presente en el planeta por mucho tiempo, y al respecto menciona:

“...a su vez los discursos de la globalización están sostenidos por un fuerte discurso nacional, incluso cuando existe una tendencia a participar en procesos de integración como la Unión Europea, el Mercosur o el Tratado de Libre Comercio (*sic*)...” p. 25.

Coincidimos con Western en hacer del nacionalismo un tema importante de estudio, mismo que cada vez cobra mayor relevancia, frente al cada vez más popular discurso globalizador. El nacionalismo en el Egipto nasserista, que es el tema central de su estudio, es presentado como exclusivo y que rompe con el pasado del país. La manera en la que la autora trata el tema despierta polémica entre aquellos interesados en éste, pues para algunos el nacionalismo egipcio es un sentimiento que se va fraguando a través del tiempo, y no sólo una etapa más del devenir histórico de ese país.

Wilda Western pasa por alto etapas que pueden ser muy importantes para la construcción del llamado nacionalismo nasserista, como puede serlo el periodo de Abbas I (1848-1854) acerca de quien dice: “se declara a sí mismo turco y remarca la filiación otomana de Egipto...” (p. 58). Sin embargo, desde nuestro punto de vista el periodo de Abbas I fue primero egipcio, después musulmán y finalmente turco. Al respecto Holt dice: “...Era un perfecto tradicionalista, al que le disgustaban los europeos, se sentía agobiado por su omnipresencia en Egipto y desconfió de las innovaciones occidentalizantes de su abuelo [...] muchos europeos quedaron fuera de sus

¹ Holt, P. M., *Egypt and the Fertile Crescent 1516-1922: a Political History*, Ithaca, Cornell University Press, 1975, p. 194.

lucrativos empleos por Abbas...”¹

Aunque a nuestra manera de ver a la apreciación hecha por Western acerca del hecho nacionalista egipcio —que conoce una de sus manifestaciones durante el periodo nasserista— le falta un poco de profundidad histórica, la obra de esta autora se recomienda ampliamente a todos aquellos interesados en las cuestiones del nacionalismo y del Mundo Árabe.

ROMÁN LÓPEZ VILICAÑA

Martínez Montávez, Pedro, *El reto del islam. La larga crisis del mundo árabe contemporáneo*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.

Este libro debe abrirse por su última página, por sus conclusiones, donde se lee: “No existen soluciones mágicas ni maravillosas [...] La lámpara de Aladino no está escondida, ni esconde tampoco a un genio sumiso y poderoso. La lámpara y el genio están en nosotros mismos, o no están” (p. 247), porque en esta profesión de fe se resume el intenso recorrido de Pedro Martínez Montávez por la convulsa historia del mundo árabe contemporáneo, más concretamente, por su inteligibilidad histórica e ideológica, desde la convicción de que diacronía y sincronía, unidad y diversidad, son pares metodológicos que no funcionan en régimen de incompatibilidad, sino de mutua complementariedad (p. 247). Pero el recurso al mito del viajero árabe por excelencia responde también a una profesión de fe estilística, recurrente a lo largo de la dilatada carrera del profesor Martínez Montávez: es a la voz de los árabes a la que se da preeminencia, a su lengua y pensamiento. En este sentido, *El reto del islam* incluye una importante selección de autores, textos y símbolos cuya ubicación y trascendencia es ineludible en la común historia humana.

En el primer capítulo de este libro, titulado *El nuevo desafío del mensaje religioso*, el autor delimita y analiza los binomios que operan en la actual vitalidad del potencial político de la doctrina islámica: en un puente que une pasado y futuro, el islam de hoy reelabora sus constantes vitales de fe solitaria y solidaria (pp. 22-35), las mismas que le han permitido protagonizar el salto que va del ámbito de una religión agredida por la pujanza europea al de una religión que se quiere liberadora (pp. 35-51), y que recurre para ello tanto a estrate-

gias revolucionarias como fundamentalistas (pp. 51-80). Para Martínez Montávez estas antinomias son sólo aparentes y de posible aprehensión si se ponderan en su justa medida determinadas realidades de la historia islámica habitualmente pasadas por alto. En ellas se centran los diferentes apartados de este capítulo introductorio.

A la contextura de lo doctrinal, de lo ideológico árabe-islámico, Pedro Martínez Montávez suma, en el capítulo 2 (El mundo árabe actual) una no menos necesaria caracterización de la tierra e historia de las plurales sociedades árabes de hoy presentada de nuevo en términos dialécticos y, por tanto, de tendente superación: "Convergencias espirituales y divergencias materiales".

La parte central de la obra, la que constituye su núcleo físico y la aportación fundamental de Martínez Montávez como estudioso y elaborador de la reflexión árabe contemporánea; así lo reconocen los propios intelectuales árabes, sirva como muestra el número especial que el suplemento *Ajbar al-Adab* le ha dedicado (núm. 212. 3/8/97), que contiene la personal meditación del autor en torno al pensamiento político-árabe contemporáneo. Tras una caracterización genérica ("Lo propio y lo ajeno. Adaptaciones y contrastes") plantea sus posibilidades de clasificación atendiendo a la naturaleza, contenido y evolución histórica de cada una de las cuatro tendencias principales: nacionalistas, islamistas, marxistas y liberalistas, sus tensiones ("Arabidad e islamidad. Encuentros y desencuentros" y las pulsiones que lo determinan ("Primacía de las exigencias sociales") entre las que descuellan tres preocupaciones fundamentales: el pluralismo político, la mujer y las minorías.

El capítulo final está dedicado a las vías del futuro árabe, sobre el que Martínez Montávez no se muestra optimista. Culmina esta no deseada certidumbre en una lúcida indagación en la doble relación a la que se ven hoy abocadas las sociedades árabes. Por un lado, la relación con el otro, que degenera en mera supervivencia frente al otro—incluso frente a los otros, como apunta Martínez Montávez a propósito del "neogaullismo" francés contrapuesto al "neopragmatismo" de Estados Unidos (p. 236), otro amigo/enemigo de virtualidad tan imposible como los manoseados referentes Oriente/Occidente. Por otra parte, las interacciones que impondría la convivencia, tan necesaria como inexistente en la práctica, en los márgenes de la pluralidad interna. Buscar nuevas formas de estructuración que den salida a esta larga crisis del mundo árabe contemporáneo, agudizada entre dos derrotas (1967-1992), exige, según el autor "una trayectoria paralela, simétrica: y compensada, complementaria: el ritmo de realizaciones económicas no puede ser rápido, general, decidido, mientras es lento, parcial y vacilante el de

las políticas. Ni tampoco lo contrario. El juego de renunciadas, concesiones y transacciones ha de ser mutuo, simétrico y equiparable en todos los aspectos. Si así no se hiciera, no habría verdadera transformación, se engendraría un mundo de ficción y de engaño: el pseudo-desarrollo. La pseudo-igualdad, la pseudo-prosperidad, la pseudo-libertad, la pseudo-justicia. Es decir, la pseudo-vida humana. En definitiva, se seguiría poco más o menos como hasta ahora" (p. 238).

Es éste un libro de presentación siempre dialéctica, de apariencia compulsiva, casi agónica, que expresa el compromiso del autor con un mundo al que pertenece por voluntad. Y le acarrea su decidido valor, también sus nobles lastres: una exposición adivulgativa, de difícil sistematización, ondulante, intransigente, con escasas concesiones a lectores de paso. Libro, por lo tanto, lleno de sugerentes reflexiones al hilo de las voces que conforman la polifónica respuesta de los intelectuales árabes al reto del islam del final del siglo XX. En este sentido, la selección bibliográfica en lengua árabe aporta una documentación básica y hasta hoy inexistente en el desolador panorama, y no sólo hispánico, de los estudios sobre el pensamiento político-árabe contemporáneo.

LUZ GÓMEZ GARCÍA

